

Mariela Vargas Osorno

EL VIAJE DEL HOMBRE DORADO

**LA VIDA DEL PRÍNCIPE MUISCA
QUE CONOCIÓ A FELIPE II**

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Juan Manuel Galvis

© 2019, Mariela Vargas Osorno
© 2019, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8186-9
ISBN 10: 958-42-8186-0

Primera edición impresa en esta colección: septiembre de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A mi mamá, Mariela, una dulce Mariela, quien
me regaló la alcancía de sus sueños.*

*A mis ta-ta-ta-ta-ta-tatarabuelos muiscas y españoles, quie-
nes mezclaron su sangre, como la mezcla de oro, cobre y
partículas de plata, que en lengua caribe se llamaba caracolí y en
lengua chibcha, tumbaga, y cuya fortaleza es mayor que la de
los metales puros.*

*A los que guardaron con sus vidas la sangre dorada del Sol. A los
que vinieron como ladrones de oro y acabaron regalando su corazón
al país de lagunas sagradas y páramos de niebla.*

INTRODUCCIÓN

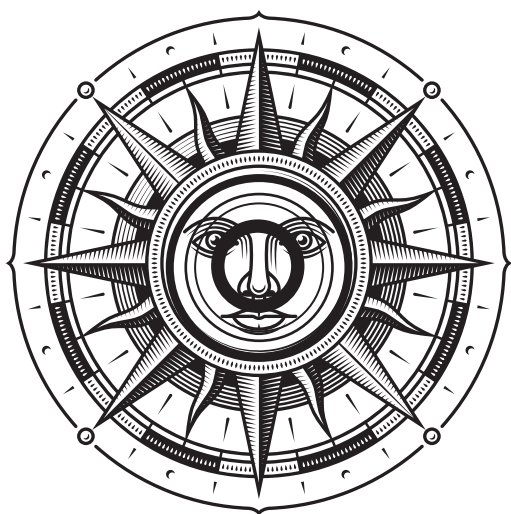
Querido amigo:
Retrocedí a lo largo de la historia de mis antepasados hasta llegar al primero del que se tiene noticia, aquel hombre muisca en cuyas manos estuvo el destino de Monguí. Los dones psíquicos con los que asombraba a sus contemporáneos, los heredaron algunas personas de mi familia. La voz del Príncipe de Monguí, Monguí, como lo llamaron en su época, es la que une el tejido de este primer libro.

La obra en total se compone de cuatro libros.

Lo que sucede en cada uno de ellos fue voluntad de Dios y realidad. Yo sólo me he internado en la selva de los tiempos, buscando las piedrecillas con las que los antiguos marcaron el camino, esperando que alguien resucitara su recuerdo.

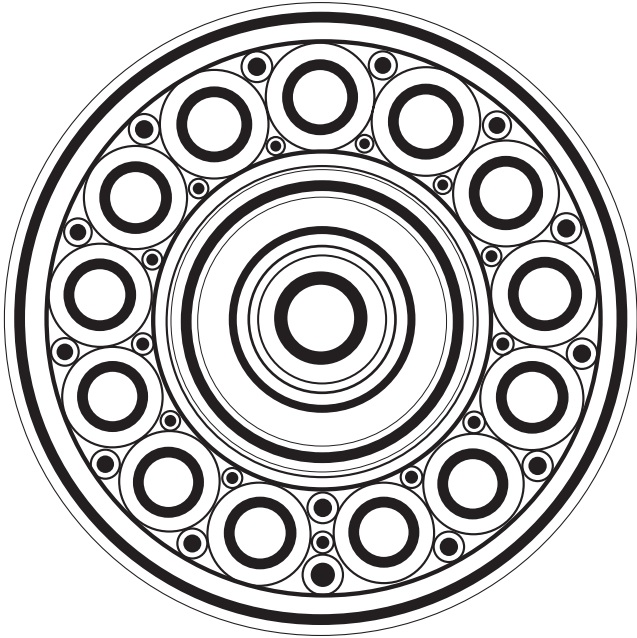
¿Por qué sentí la necesidad de revivir aquellas voces del pasado?

Por años ellas se han entremezclado en mis sueños. Desde que murió mi padre, paso las noches al lado de mi madre, frágil en su vejez, pero llena de memorias. En sus desvelos, me cuenta historias desbordantes de encanto. Ella y mis tías, y tantas otras personas y amigos de otros tiempos, me han llevado paso a paso por un mundo que no debe ser olvidado. Un mundo en que la leyenda es realidad y la realidad se convierte en leyenda. Aquí, en la historia de Monguí, veremos su comienzo.



*¿Es un imperio
esa luz que se apaga
o una luciérnaga?*

JORGE LUIS BORGES



CAPÍTULO I

EL CARACOL DORADO

*Los vio venir.
Avanzaban como la crecida de un río.
Podían ser más de mil, bien armados.*

Muy pronto, los pueblos por los que iban pasando emitirían señales de humo. Y llegaría hasta él, el sonido lejano de los caracoles, uno y después otro, como una sucesión de lamentos. Ya casi, a través de los agujeros en las piedras vigía, sus propios guardias percibirían un movimiento en las montañas del poniente, algo tan pequeño como los juegos de luz y sombra en el hilo de una araña.

Él ya los veía, como si estuvieran cerca. Con esa extraña claridad que los dioses le habían dado a su mente, ya veía los grandes arcos y los carcajes de flechas envenenadas de los guerreros, veía sus cuerpos pintados con serpientes y jaguares en rojo y negro, adornados con brazaletes y tobilleras de plumas. Observaba sus cabezas monstruosamente altas, que se les volvían así porque de pequeños les amarraban el cráneo entre dos tablas, creían que la deformidad los volvería inteligentes. Y había que decir que sí lo eran. Su conocimiento de sustancias malignas y hechicería los hacía enemigos poderosos.

Los venenos de sus flechas, a base de hormigas y saliva de serpientes, eran terribles. Ya habrían envenenado también los ríos a su paso.

Venían desde su selva nativa, hambrientos por estas tierras encumbradas y fértiles que nunca habían logrado conquistar y que seguían codiciando. Habían evitado los predios del poderoso Rey de Hunza y ahora se encaminaban hacia esta montaña, más desprotegida y más accesible, y caerían desde ella sobre Iraca, el valle sagrado del imperio muisca, el envidiado valle que se extendía a sus pies.

Él no esperó más. Pasaría demasiado tiempo antes de que los centinelas vinieran a llamarlo para contarle lo que ya sabía: «¡Príncipe, Señor, han dejado pasar a nuestros enemigos!»

Pidió su propio gran caracol cubierto de oro. Saliendo del cercado, se lo llevó a los labios y sopló con fuerza. Un bramido largo, sonoro, grave, recorrió la aldea y se esparció por los campos, por las colinas.

Él podía reunir unos quinientos hombres. Los Muzos eran más numerosos, más que ellos y los de Iraca unidos.

Sus dos esposas acudieron de prisa. Querían ser ellas, y no un sirviente, las que lo cubrieran de oro sagrado: el pectoral, los adornos en brazos y tobillos, los pendientes, la nariguera. Sus manos temblorosas trabajaban con rapidez y pronto quedó revestido con su ajuar de guerra. Su cabello largo, negro y brillante se lo enrollaron sobre la cabeza dentro de una bella corona de plumas de guacamaya. Sus miradas de ansiedad lo acariciaban.

Compartir con los ojos el alma secreta del Príncipe de Monguí era un privilegio reservado sólo a ellas, a los jeques y a los demás príncipes y reyes. Él era un *Psijipcua* del pueblo

muisca, tenía al Sol entre la piel. Cualquier otro que intentara mirarlo de frente se podía derretir como un pedazo de cera. Esta era la gran soledad que envolvía a los elegidos, la que los distanciaba del pueblo que debían amar y de la gente que veían a diario, pero el vacío lo llenaban ellas. Si hoy tenía que morir, ellas lo acompañarían a la tumba y en el largo viaje al paraíso del centro de la tierra. Mal paraíso sería sin sus mujeres.

Alguien trajo una totuma dorada rebotante de chicha. Bebieron los tres, luego ellas lo despidieron con una plegaria a Sua y a la diosa Hichú, a la pálida Hichú, la gran diosa de la niebla y del frío, que en estos momentos veneraban con especial devoción.

El buen licor de maíz fue distribuido entre todos los guerreros. Estaban listos para partir. Sacaron del santuario a cinco venerables antepasados, cinco momias de los más osados héroes difuntos, laminadas en oro, hábiles desde su quietud para dar ánimo y exigir valentía. En las cuencas de sus ojos brillaban esmeraldas tan grandes que hasta el último de los hombres podía mirarlas y lo hacía con fervor. Estas lamparillas salidas del fondo de la tierra no sólo servían para aliviar dolencias físicas, sino que infundían serenidad. Su luz borra el pánico.

Las llevaron consigo en andas. El Príncipe de Monguí dejó que lo traspasaran sus pupilas solemnes. Sus ojos de esmeralda encerraban sabiduría, la sabiduría del que sabe darse tiempo de piedra para tomar decisiones o irrumpir con genialidad en un instante de relámpago, tan prodigioso como la explosión de fuego en que ellas habían nacido. Necesitaba todos sus dones.

Y otro que no había pedido. Bajo el velo hialino de piedra, la mirada de sus antepasados lo traspasaba. En ellos no podía buscar tranquilidad. Mudos, severos, implacables, repetían:

Recuerda...recuerda quién eres...

CAPÍTULO II

RECUERDA QUIÉN ERES

● **¿** Cómo podía olvidarlo siquiera un instante? Ni en sus años de infancia le habían permitido que lo hiciera. Su padre se lo decía todo el tiempo: «Recuerda...recuerda...»

En esa época él no quería ser diferente de los otros niños. ¿Por qué iba a serlo? Se veía igual a ellos. La misma piel color de bronce, teñida de rojo en las mejillas por el viento frío. Los mismos ojos rasgados, chispeantes de picardía, los de él, negríssimos. Los mismos pies descalzos que se hundían en el musgo del páramo, largos los suyos, pues era alto para su edad. Chusquencutzo, «amigo fuerte como una roca», era su nombre, o Cutzo, como lo llamaban sus amigos, y su apellido, Monguí.

Pero, ay, *recuerda quién eres*: era el hijo de la hermana mayor del *Psijipcua*, el actual Príncipe de Monguí y por lo tanto, el heredero. Cuando su tío muriera, iba a gobernar esta tierra en donde ahora sólo quería jugar. Y muy pronto, a sus doce años, una edad en la que sus compañeros todavía se comportaban como niños, tendría que separarse de ellos para madurar en la sombra, como las cosechas que crecen bajo la tierra. Serían seis años nocturnos, encerrado en una cueva donde la luz había muerto, y donde su único apetito debía ser la oración y los conocimientos, donde su alma debía morir y renacer hasta que fuera digno de mirar a Sua, el Sol, el que ilumina el cielo

con su cara resplandeciente y da calor y fuerza con sus rayos a todas las cosas.

—Falta poco para que te vayas al Noviciado —se lamentaba su madre. Y sus palabras se quebraban.

A veces él la encontraba llorando y le daban ganas de llorar también.

—*Vaia*, si quieres, les digo que prefiero no ser el *psijipcua* —le dijo un día.

Ella soltó la risa entre lágrimas y lo abrazó.

—¡Vas a ser el mejor *psijipcua*! ¡Eres fuerte como un guayaacán! Lo que pasa es que me vas a hacer tanta falta... Hasta tus picardías... las voy a extrañar...

A sus cortos años, el niño no alcanzaba a comprender la magnitud de este encierro, pero la idea de vivir en una cueva oscura, sin amigos y sin su madre, lo atemorizaba, y de noche, cuando aún no dormía, pero todo era oscuro, meditaba sobre la luz.

—Cuando seas Príncipe, Sua te iluminará la mente. Él estará en el oro que adornará tu cabeza y tu cara, y estará en la luz de las esmeraldas, que sólo los príncipes y reyes pueden llevar.

—¿Cómo la que mi tío tiene en su corona?

—Sí. Ella lo libra de muchos males y, además, le da conocimiento.

Cutzo se acordaba de que su tío le había dicho que él miraba a través de aquella piedra sagrada que producía mil reflejos, al dios Sol y que cuando lo hacía le llegaba el conocimiento del bien y el mal.

—¿Entonces ella cuenta cosas?

—Si, la esmeralda lo sabe todo. Sabe lo que hay en el corazón de una persona —aseveró su padre. Por eso nunca la mires cuando sientas ira o ganas de hacer el mal, porque ella se convertirá en una serpiente venenosa y te hará daño.

—Sé siempre bueno y ella te lo contara todo.

¡Y él, que necesitaba saber tantas cosas de las que no le contaba a nadie!

—¿Verdad que el tío va a ir dentro de tres soles a comprar esmeraldas? —preguntó.

—Creo que sí, a Sumindoco...

—Yo quiero ir con él.

—*Ongo* —aprobó su padre—. Me parece muy bien que, por una vez en tu vida, quieras viajar con los pies y no con la cabeza... Vamos a decirle.

Sumindoco estaba en el valle de Tenza. El camino fue largo. Al tío lo llevaban en su litera real cuatro cargueros fuertes y veloces. Cutzo tenía su propia litera, pero la mitad del tiempo se bajaba y seguía a pie. Al Príncipe le gustaba que lo hiciera, que aprendiera a ser resistente, y el niño se divertía conversando con los hombres que llevaban los panes de sal con los que el tío iba a pagar las gemas. El aire, a medida que bajaban, se volvió como la miel, dulce, pegajoso y fragante. Árboles más altos que los de Monguí les brindaban sombra.

Cuando llegaron al pueblo y al cercado del Príncipe de Sumindoco, quien los había invitado, Cutzo vio un árbol enorme, que casi tapaba la entrada. Las hojas temblaron y saltó del tronco un niño parecido a él.

—*Choa*, soy Tigrillo.

El pequeño Príncipe de Monguí sonrió. Comprendió que aquel era un apodo, y estaba bien puesto.

—Yo soy Cutzo —dijo.

Tigrillo era sobrino del Sumindoco, heredero como él, y parecía pensar como él, pues, de los demás niños que lo rodearon al instante, era el más inquieto. Cutzo olvidó el cansancio del viaje, y se unió a sus juegos. Creaban batallas imaginarias, inventaban enemigos monstruosos, a los que derrotaban luego de muchas fugas y encuentros en los árboles. Al final lo alcanzó la fatiga del viaje y se sentó en la hierba. Estaba tan contento y cansado al mismo tiempo, que habló como nunca había hablado.

—Yo vi unos —jadeó—. Unos monstruos de verdad, eran enormes, peludos y estaban vestidos con láminas de plata. Y había unos con cuatro patas y dos manos...

—¿Te los soñaste?

—Los vi sin estar dormido. Yo veo cosas sin estar dormido. Cosas de lejos. Por eso quiero mirar una esmeralda, de esas grandes, y que ella me diga si eran de verdad.

—¿Estaban aquí?

—Venían por el río Yuma.

—Las esmeraldas sólo les hablan a los *Psijipcua* —dijo Tigrillo—. A nosotros todavía no. Tenemos que pasar por el noviciado primero.

—Las esmeraldas piensan como personas —agregó otro niño.

Una niña grande de ojos brillantes, que no se había atrevido a subir a los árboles, intervino:

—Los muzos dicen que son lágrimas. Pero la historia en que creen ellos es demasiado triste.

—No importa. Cuéntala —insistió Tigrillo.

Los demás le hicieron eco.

La niña les dio gusto y comenzó:

—El dios de los muzos se llama Are. Es una sombra gigante que se agacha sobre el río y recoge palos y los convierte en personas. Al comienzo del mundo vio dos juncos muy bellos, los arrancó, y con ellos hizo una mujer y un hombre. Fura y Tena. Les dijo que si eran fieles el uno al otro seguirían siendo jóvenes y no morirían nunca. Ellos tuvieron muchos hijos, ¡los muzos! pero un día, ay, Fura se encontró en la selva con un desconocido. Se llamaba Zarbi y llevaba mucho tiempo buscando a la que llamaban la flor de la tierra, la que cura todas las enfermedades y quita todos los dolores y que si se pone en la frente da la eterna juventud y si se pone en la lengua, torna elocuente a quién la lleva.

A Fura le dio lástima del muchacho tan hermoso y tan perdido... Y le prometió acompañarlo a buscar esa flor de la que hablaban: la esmeralda. Recorrieron montes y ríos, y más montes y más ríos, y más montes y más ríos y no la encontraban. Y mientras tanto, Fura se enamoró de Zarbi y traicionó a su esposo. Sentía remordimiento y un día le dijo: «Vuelvo donde Tena.» Y se devolvió selva adentro. Tena, su marido, oyó que lo llamaba, se puso feliz y pensó: «Por fin volvió mi joven y linda esposa». Pero la que venía hacia él era una viejecita arrugada, encorvada y fea. Y así él supo que Fura le había sido infiel. No resistió el dolor. Se enterró un cuchillo en el corazón. Fura lloró y lloró, abrazó su cuerpo y lo tuvo sobre

las rodillas durante ocho soles. Sus lágrimas caían y caían, las besaba el dios Sol y se convertían en esmeraldas, y tanto ella como su esposo se fueron transformando en montañas. El dios Are también convirtió a Zarbi en una roca, pero Zarbi seguía enamorado y quería separar a Fura y a Tena. Entonces de su pecho salió un río, que corrió entre ellos y formó una gran cascada. Así él llora también y ellos no se encuentran nunca...

A Cutzo no le gustó la historia.

—Yo no creo que las esmeraldas sean lágrimas —dijo.

—Yo tampoco creo que las esmeraldas puedan ser tristes. Son los muzos los que dicen eso —dijo Tigrillo—. Es que ellos son diferentes. Hasta su cabeza es diferente. Es larga, larga...— levantó las manos, formando una torre invisible sobre su mata de pelo negro.

—En todo caso nuestras esmeraldas son más lindas que las de ellos —aseguró la niña de ojos brillantes.

Cuando acompañó a su tío *Psijipcua* a ver las gemas que traían los mineros, Cutzo pensó que la niña tenía razón. ¡Imposible que existiera nada más hermoso que estas piedras de Sumindoco! Brillaban como estrellas, a pesar de que no habían sido talladas. Había una tan grande que ocupaba la palma de la mano. El Sumindoco señaló otra un poco más pequeña, pero de un color profundo. Su tío intercambió una mirada con él, luego dijo:

—Esta.

La menos grande, la más verde.

Cutzo no lograba apartar sus ojos de ninguna de ellas. Eran como los mares y las selvas que había visto en sus visiones, y en algunas parecía que se hubiera metido el cielo.